

2

FOLLETIN DE «EL NOTICIERO DE MURCIA.»

---

# MISS ELODIA,

POR

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.



MURCIA: 1879.

Etab. tipográfico de «El Noticiero de Murcia.»

*Calle de Lucas.*







## MISS ELODIA.

### 1.

Heme ya en Ginebra, querido Alejandro, pero solo y triste, en vez de alegre y acompañado como me prometia estar. Cuando al llegar, no ví tu rostro amigo sonreírme cariñosamente entre la multitud apiñada en la estacion, tuve ya un triste presentimiento de la soledad que me amenazaba, y de la cual no me cupo duda alguna al serme entregada en el Hotel del Lago. en que habiamos quedado citados, la carta. en que me anunciabas el sensible motivo que te hace marchar apresuradamente de París á nuestra España, en vez de dirigirte segun habiamos convenido. á esta *Roma del Protestantismo*

¡Cómo ha de ser! Empezaré solo el viaje, en que tanto placer me prometía por hacerlo contigo; pero en lugar de seguir escrupulosa y concienzudamente el itinerario, que á la vista de no sé cuantos mapas y guias habiamos discutido y fijado, me dejaré llevar por la senda que me tracen mi fantasía, las impresiones del momento ó los accidentes que me salgan al paso.

Pero, aunque no vengas conmigo, no por eso dejará de estar siempre presente tu recuerdo en mi memoria, y no por eso dejarás tampoco de visitar los lugares que yo



recorra, ni de experimentar las impresiones de viaje que me ocurran, pues mis cartas de todo te harán puntual relacion.

Y para empezar, debo decirte sin más preámbulo ni exordio la impresion que en mí ha producido esta famosa ciudad. Pero como sabes muy bien que me gusta empezar siempre por el principio, te diré que mi primer cuidado fue abrirme paso por el gentío de vendedores y encargados de hoteles, que puluraban en la estacion, entregar á un cargador mi maleta de mano y hacerme conducir á la calle del Ródano, en que se halla situado el Hotel del Lago. Escojí una pequeña y elevada habitacion con vistas al Léman, para poderlo contemplar á mi sabor hasta saciarme de su vista incomparable, y una vez instalado y sacudido el polvo del camino, me lancé á visitar las curiosidades que la ciudad encierra.

La catedral protestante, templo construido en el siglo X sobre el terreno que ocupó antiguamente otro dedicado á Apolo, fué mi primera visita; pero la desnudez de las tres extensas naves heló mi alma.

Dirigíme luego, siempre con la guia bajo el brazo y consultando en cada esquina en el plano el camino que habia de seguir, dirigíme, repito, á la iglesia de Nuestra Señora, y tan pronto como penetré en ella, recobró mi espíritu la calma y me sentí consolado y reconfortado con ese dulce y santo bálsamo con que la fé católica sabe aliviar las dudas del alma.

Pasé luego al museo Rath, que recorrí sin detenerme, pero no sin que llamaran mi atencion un cuadro del Dominiquino, varios paisajes del gran Salvador Rosa y un precioso *fumador* de Teniers.

Era ya tarde y entré en el primer restaurant que hallé al paso, para satisfacer las exigencias de mi estómago desfallecido.

Comenzaba el crepúsculo cuando salí de la fonda, y me dirigí al lago, alquilé un bote y me hice pasear por el pequeño Léman, que así se llama la parte en que se



halla asentada Ginebra, por su menor extension, pues forma como un seno en la parte meridional del gran lago. Recordé entonces aquellas hermosas estrofas de Byron, en que con tal sublimidad ha cantado las azuladas aguas *the blue riveters* de aquel sereno y precioso mar en miniatura.

La tarde estaba hermosísima: empezaba á oscurecer, pero á los léjos podíase contemplar aún la venerable cumbre del Mont-Blanc coronada de sus nieves perpétuas é iluminada por los postreros rayos del sol poniente; parecíame escuchar como un eco apagado del *Ranz des vaches*, y creía ver alzarse en la bruma la sombra del médico español Miguel Servet, inicuamente sacrificado por Calvino, por el solo delito de ser católico, que con frecuencia los que más blasonan de libertad y tolerancia más suelen pecar de déspotas é intransigentes.

La humedad del lago y la noche, que á pasos agigantados se hechaba encima, me hicieron volver á la orilla.

La pequeña isleta de Juan Jacobo Rousseu, unida á uno de los puentes que cruzan el Ródano por otro brazo ó ramal de puente, se hallaba iluminada y se oía el confuso rumor de afinar los instrumentos músicos. Consistía esto en que era precisamente aquel día el 29 de Junio y se celebraba un concierto en honor del autor del «Contrato social» y la «Nueva Eloisa» en la misma pequeña isla que lleva su nombre y en que se halla su estatua modelada por Pradier. Desconfiando del génio musical de los ginebrinos, fuime á la fonda, subí á mi cuarto, púseme al balcón y contemplando el rielar de la luna en el lago, oí el concierto desde lejos, pareciéndome más dulces y melodiosas las piezas ejecutadas, por lo que las poetizaba y daba misteriosa vaguedad la distancia, asemejándose á los cantos que las sirenas del Léman entonarían en sus ceruleos alcázares.

Dudaba si visitar en la mañana siguiente el castillo de Ferney, pero sentía cierta repugnancia á llevar á cabo la escursion, pues siempre me fué poco simpático el famoso y sarcástico apóstol de la impiedad, el génio de la duda, Voltaire, en una palabra, que ha dado á aquellos lugares la celebridad que hoy tienen. Resolví, pues, no aumentar el número de peregrinos que visitan á Fer-



ney; y me quedé dormido, decidiendo marcha á Lausana en el primer tren del día siguiente.

Si Dios y mi capricho así lo dispone, me detendré un día en dicha poblacion, y desde ella te escribiré nuevamente.

## II.

La del alba sería, querido Alejandro, cuando, según mi acostumbraba diligencia en viaje, desperté, y no bien despejados los últimos vapores del sueño, me apresuré á contemplar el Léman desde el elevado observatorio del balcon de mi cuarto.

No tenía mucho tiempo que perder, así es que, al cabo de un momento de contemplacion, me lavé, me vestí, preparé el té con la maquinilla de espíritu de vino, compañera inseparable de nuestras peregrinaciones, y que tantas veces ha confeccionados nuestro desayuno, saboreé la higiénica infusion que tan de mi agrado es, pagué la cuenta de mi breve estancia en el hotel del Lago, y cogiendo mi maletin, me dirigí á la estacion del ferro-carril, decidido á recorrer sin detencion alguna el trayecto que á Lausana conduce.

Pero como dice el proverbio, el hombre propone y Dios dispone. Hallábame *haciendo cola* para tomar el billete, cuando una preciosa muchacha, rubia como unas candelas, de ojos negros, azabachados, meridionales y de boca encendida como la flor del granado, se acer-



có tambien al despacho de billetes. A fuer de español, ó lo que lo mismo, á fuer de galante, la cedí mi vez, haciendo que pasara delante de mí, dándome ella las gracias con una graciosa inclinacion de cabeza.

No fué pequeño mi asombro cuando, llegada la joven á la rejilla, pidió nada ménos que veintitres billetes de segunda clase para Allaman.

—¡Vaya una familia numerosa que tiene esta señorita!—pensé en mis adentros. Y dí en figurarme que aquella graciosa muchacha podria muy bien ser hija de alguno de esos pastores ó sacerdotes protestantes, que tan al pié de la letra cumplen el precepto evangélico de *crescite et multiplicamini*, toda vez que suelen tener abundante cosecha de frutos de bendicion.

Y sin duda debió ser el asombro, que la peticion de tan crecido número de billetes me produjo, el que al llegarme la vez, me hizo pedir tambien un billete de segunda clase para el dichoso pueblo de Allaman, cuya situacion geográfica ignoraba por completo, en vez de tomar uno para Lausana, como tenia proyectado y resuelto.

Al entrar en el anden, divisé delante de mí á la niña de los veintitres billetes; pero esta vez ya no iba sola, sino por el contrario muy acompañada, puesto que iban con ella la friolera de veintiuna muchachas, sin contar con una señora de cierta edad, cuyo aspecto me hizo calcular, desde luego que pertenecia á la distinguida clase de las institutrices; solamente que entre estas he conocido y creo que tu tambien, amigo Alejandro, muchas tan notables por su belleza como por su variada y profunda instruccion, mientras aquella era de un feo tan subido, que dificilmente podria dar de él una idea apróximada. Es de presumir que sus cualidades morales é intelectuales compensarian de sobra lo defectuoso de su físico. Lo cierto es que aquella misma fealdad hacia resaltar más aún los encantos de las veintidos jóvenes. Todas eran rubias como el oro, esbeltas, elegantes y llenas de la gracia espontánea y de la infantil viveza de los diez y seis



años. Con sus vestidos recogidos en pabellones, dejando al descubierto sus diminutas botitas altas; con sus sencillos sombreros de paja con cintas de terciopelo oscuro, sus *alpenstooks*, ó sean largos bastones adornados de cintas y con puntas de hierro, y sus mantas de vivos colores liadas en las correas, formaban un conjunto encantador.

Es frecuente, cuando se recorre la Suiza ó las orillas del Rhin, encontrar grupos numerosos de jóvenes, que viajan con un aya ó institutriz, al terminar sus estudios de colegio, para completar de ese modo su educacion, visitando aquellas pintorescas comarcas. A uno de esos grupos, y no como habia supuesto á la familia de un pastor protestante, pertenecia la muchacha de los veintitres billetes, que por lo visto desempeñaba en la compañía el importante cargo de tesorera.

Los coches de los ferro-carriles suizos son casi de doble longitud que los de Francia y España, teniendo la entrada por las dos extremidades por medio de unas escalerillas fijas, de manera que sin dificultad alguna puede recorrerse todo el tren, atravesando los coches que tienen filas de asientos á un lado y otre del paso central, y pasando de un coche á otro por las escalerillas de los costados, cuyos pequeños rellanos casi se tocan.

Fueron colocándose las veintidos jóvenes y el aya en uno de estos coches, sumamente cómodos por cierto, y yo me instalé á la entrada del inmediato, de manera que saliendo á la escalerilla y aún desde mi mismo asiento podia contemplar á mi sabor aquel coro de rubias cabezas que se agrupaban en pequeñas secciones de tres ó cuatro para cuchichear y reir con toda comodidad.

Cojí mi guia, y mi primera ocupacion fué buscar en ella el nombre de Allaman, encontrando que aquel pueblo, de no más que 294 habitantes se halla precisamente en el trayecto férreo de Ginebra á Lausana, de manera que la casualidad no me extraviaba del proyectado camino, sino me impedia solamente el recorrerle de una vez hasta su termino.



Poco antes de las seis y media de la mañana el tren se puso en marcha, siguiendo á corta distancia la orilla del lago: dejamos bien pronto atrás la *Villa Pregny*, propiedad de uno de los miembros de la opulenta familia Rothschild y las estaciones de *Chambery* y *Genthod*, pudiendo admirar en la opuesta orilla la punta de *Bellerive* y el castillo del mismo nombre, dignos por cierto de su encomiástica denominación.

El Léman se presenta en toda su majestuosa serenidad y belleza: las montañas de Saboya, que desde Ginebra no se divisan bien, pueden contemplarse mejor á cada momento. El *Môle*, el *Brézon*, los *Versi* y el *Mont Blanc* se destacan en el horizonte: pero el último oculta al poco rato su nevada cima tras las de los *Voiron*s; por el lado opuesto se descubre la negra cordillera del Jura.

Después de *Versoix*, que el duque de Choiseul quiso convertir en una ciudad que rivalizase con Ginebra, pues por entonces pertenecía á Francia, el tren se detiene en *Coppet*, población renombrada por su castillo, situado no lejos de la estación y que ha dado albergue sucesivamente al filósofo Bayle, al hacendista Necker y á la famosa madama de Stael, en torno de la que solían reunirse Benjamin Constant, Schlegel, Sismondi de Barante y otros personajes no menos distinguidos.

No vayas á creer, que por admirar los deliciosos panoramas que al paso se presentaban, descuidaba por completo el dirigir mi vista al coche inmediato: bien me conoces y sabes perfectamente que, si me complacía adorar al Creador, contemplando las majestuosas montañas con las frentes coronadas de perpétuas nieves, los lagos de azules y serenas ondas y los campos cubiertos de verde y mullida alfombra, me es aun más grato admirar su omnipotencia en esa obra maestra de su mano, que cubre sus cheantos con el terciopelo y la muselina y los desfigura á veces con el antipático polison y le horripilante y antiestético miriñaque.

Parecióme admirar cierta vez, que la niña de los veintitres billetes cuchicheaba con otras tres ó cuatro



muchachas, que eran sin duda sus más íntimas amigas, y mirando hacia donde me hallaba, les indicaba mi humilde persona. Sospeché que les contaba que la habia cedido mi puesto al tomar los billetes, y supuse que andarían á vueltas de adivinar por mi rostro, mi traje y el acento de las pocas palabras que en francés habia pronunciado, la clase social y la nacion á que pertenecía.

Pasamos por *Nyon*, ciudad fundada, segun opinion corriente, por Julio César: poco despues divisamos el castillo de «Prangins, que habitaron Voltaire y otro personaje, vulgarmente conocido en nuestra cara patria con el prosaico nombre de Pepe Botella.

Breves momentos se detuvo el tren en las estaciones de «Gland y Gilly Rolle,» y por último á eso de las ocho menos cuarto llegamos á la famosa poblacion de Allaman, que domina el magnífico castillo de «Menthon.

—¿Qué diablos vamos á hacer en este pueblo de menos de 300 habitantes?—me preguntaba yo á mí mismo.

No tardaron en sacarme de la duda las veintidos jóvenes y el aya, que se apresuraron á bajarse del tren, antes de que volviera á ponerse en marcha, imitando yo punto por punto dicha maniobra.

Cerca de la estacion se hallaban en espera algunos ómnibus, y esto me hizo sospechar que desde aquel punto podria irse á visitar alguna de las muchas curiosidades, que á cada paso se encuentran en Suiza.

Sin decir, pues, oste ni moste, me empaqueté en el primer ómnibus que hallé á mano, no sin haber satisfecho ántes el importe del corto viaje. Las veintidos lindas muchachas con sus Argos se colocaron mal que bien en otros dos coches, y á poco, unos tras otros, marcharon los ómnibus llenos hacia el pueblo de «Aubonne,» á donde llegamos á los tres cuartos de hora de marcha.

Byron á dicho, y cuando él lo dijo bien estudiado lo tendria, que desde el paseo de Aubonne se descubre uno de los panoramas más completos y magnifi-



cos del lago Léman y una admirable vista del Mont Blanc. Sin duda las veintidos inglesitas, que tales las juzgué yo por sus rubios cabellos, sus sonrosados rostros y los ojos celestes, que todas, á excepcion únicamente de la que habia tomado los billetes, tenían; sin duda, repito, las veintidos inglesitas habian querido comprobar la exactitud del dicho de su compatriota, y paro ello iban á Aubonne.

No mintió por cierto, el gran poeta. la vista admirada no se sácia de contemplar en toda su grandeza y hermosura al Léman, cuya extension se abarca por completo, pudiendo verse los montes «Allenges el Roc d' Enfer, el Col d' Abundance» la cordillera del Jura y los golfos de «Evian y Thonon.

Di por bien empleada aquella detencion en mi camino, y bendije al hada de rubios cabellos, cuyo influjo me habia hecho llegar hasta allí. Costábame trabajo el dejar aquella vista admirable que me hacia experimentar inefables sensaciones, y solo pude arrancarme de aquella estática contemplacion al ver que las lindas inglesas se alejaban. La que tomó los billetes se habia quedado algo rezagada, tomando en su álbum un apunte de aquel esplendido panorama, y llegó hasta mí la voz de la institutriz que la llamaba:

—¡Miss Elodia!

Apresurándose la jóven al oir este llamamiento, á cerrar el álbum y reunirse á sus compañeras.

Aquel precioso nombre, armonioso aún pronunciado por la ingrata voz del aya, me convencio más y más de que debia ser una vaporosa hija de Albion, y me prometí no aplicar á ésta en lo sucesivo y en gracia de tal hija, el calificativo de pèrfida que con frecuencia suele dársele.

Despues de visitar la iglesia de Aubonne, en que se encuentra el enterramiento del famoso almirante francés Duquesne, volvimos al sitio en que nos habiamos apeados de los coches.

—Allaman—gritaban algunos conductores de los ómnibus que esperaban viajeros.

—«Au signal de Bougy»—decian otros.



Pero como mi guía opinaba que habia escasa diferencia de la vista abarcada desde Aubonne á la que desde este último punto se divisaba, y como mis compañeras de viaje tomaban asiento en los coches para Allaman, decidíme á volver á dicha poblacion, sin alejarme más de mi camino.

Poco antes de las doce llegamos á Allaman, no habia que perder tiempo, pues el indicador anunciaba para las once y nueve minutos el paso de un tren por dicha estacion.

Miss Elodia, en su calidad de tesorera, se dirigió al despacho de billetes; seguí el movimiento, y habiendo tomado ella asiento para Lausana, tomé tambien un billete para mí.

Si he de decir la verdad, lo que mas deseaba en aquel momento era llegar cuanto ántes á un hotel y saciar el voraz apetito que tanto ir de un lado para otro me habia producido. Y además, debes tener en cuenta que nada hay que debilite tanto el estomago como la admiracion, y desde el amanecer me habia extasiado ante tantas cosas, que sentia una debilidad extrema.

Llegó el tren con puntualidad suiza, nos colocamos lo mejor que pudimos, volvió á ponerse en movimiento, dejamos atrás los pueblos de «Sintex y Morges» y el castillo de «Wustlens» pasamos el rio «Venoge», nos detuvimos un instante en Renens, y por fin á eso de las doce llegamos á Lausana. Desde la estacion divisé la muestra del hotel Gibbon, y mi apetito unido al recuerdo del historiador de la decadencia y caída del imperio romano, me hicieron dirigirme á él á toda prisa, sin cuidarme de inglesas ni rusas, pedir un cuarto, quitarme el polvo y sentarme á almorzar.

Una vez satisfecha esta imperiosa necesidad, para descansar del viaje y tomar fuerzas para ver las cosas notables de Lausana, me he puesto á escribirte punto por punto mi excursion. Esta noche ó mañana te diré lo que la antigua «Lausonium» me parezca, que por lo que dice mi guía he de tener que andar bastante.



¿Qué habrá sido de miss Elodia, sus veintiuna compañeras de glorias y fatigas y la inseparable é imprescindible aya?

¡Bah! Vóyme á dar una vuelta por la ciudad.

Hasta luego.

### III.

Si acaso padeces aun, como hace tiempo, querido Alejandro, de callos, ojos de gallo y demás achaques que forman el repertorio de los pedicuros, ó sufres del pecho, no te aconsejo que te establezcas ni pases mucho tiempo en Lausana. Edificada en esta ciudad sobre tres colinas, la mayor parte de sus calles tienen rápidas pendientes, que fatigan sobremanera al viandante.

Dos son las principales notabilidades de la capital del canton de Vaud: el castillo y la catedral. El castillo es una pesada mole de piedra flanqueada por cuatro torrecillas, y data del siglo xv. No conteniendo ninguna curiosidad su interior, me contenté con pasar por junto á sus macisos muros, y sin mas dilacion me dirigí á la catedral, consiguiendo, no sin trabajo, la entrada en ella, por no ser jueves, único día en que es permitido visitarla. Es el monumento más notable de la ciudad; y segun la bella frase de Victor Hugo, «orna la frente de Lausana á manera de una tiara.»

Sin duda, á pesar de tus conocimientos históricos, ignorarás quién fué Gerardo de Estavaber. Pues has de saber que este caballero, que vivia, allá por el año de 1393, tuvo la peregrina ocurrencia de tener



celos de su mujer, Catalina de Bels, la que, al decir de las crónicas, era de extraordinaria hermosura: naturalmente estos celos habian de tener alguna causa, y no era otra la que los ocasionaba, sino las frecuentes visitas que á la bella Catalina hacia el señor Otón de Grandson.

Deseando el escamado marido vengarse de éste, sin dar publicidad á la verdadera causa de su odio, acusó al caballero de Grandson de ser el verdadero autor del envenenamiento frustrado en la persona de Amadeo VIII de Saboya. Para probar esta acusacion ne encontro Gerardo de Estavayer medio mejor que retar á su enemigo á singular combate, que se apresuró á aceptar Otón de Grandson, á pesar de hallarse convaleciendo aun de una herida. Tuvo lugar el duelo ó juicio de Dios á principio de Agosto de 1393, en Bourg-en-Bresse, combatiendo cada uno de los contendientes con lanza, dos espadas y daga, debiendo el vencido confesar su crimen ó la falsedad de su acusacion, y de no hacerlo perder ambas manos. Quedó al fin vencido el caballero de Grandson y prefirió á confesar el delito de que se le acusaba, tender las dos manos á Gerardo de Estavayer, quien de un solo tajo las separó de los brazos.

—¿Por qué diablos me cuentas esta sangrienta historia?—me preguntarás, no sin fundamento;—y á esto debo contestarte que no hay guia ni cicerone que, al tratar de la catedral de Lausana, deje de cudilgar la anterior relacion, por ser el sepulcro del caballero de Grandson una de las cosas más notables del mencionado edificio.

Comenzado éste por el obispo Enrique, el año 1.000 de nuestra era, tiene la forma de una cruz latina y se halla destinada al culto protestante. No te diré que cuenta más de mil columnas y como unas setenta ventanas, pues no me entretuve en contarlas. Magnífica é imponente es la portada principal, pero aun más que ella, me gustó la llamada de los Apóstoles, que ostenta setenta y dos columnas, airoas ojivas y un elegante fronton.



Hallábame en contemplación ante aquella soberbia portada, cuando oí voces argentinas, que suavizaban cuanto es posible la áspera pronunciación inglesa: volvíme enseguida, pues ya sabes que soy más admirador de las caras bonitas y jóvenes que de las vetustas catedrales, y quedé arrobado contemplando á mis veintidos lindas compañeras de viaje y la indispensable é imprescindible aya. Escusado es decirte que esta no tuvo parte alguna en mi arrobamiento y admiración.

Habían dejado en la fonda los calpenstooks y los abrigo: pero cada una llevaba en la mano la guía del viajero en Suiza. No fué sola mis Elodia la que me reconoció, pues al verme la mayoría de las veintidos rubias jóvenes sonrió como diciendo ya «pareció aquello».

No sé si sería por casualidad ó intencionalmente, pero lo cierto es que al pasar á mi lado, la que iba del brazo de Elodia, dijo á ésta no sé qué en francés, comprendiendo y únicamente las palabras «signal» y «las seis de la mañana,» por el pronunciado sabor británico que aquella linda figura de «Keepsake» daba al idioma de Bossuet y Racine. Túvemelo por dicho, y como el paseo me había abierto el apetito, volví sin más tardar al hotel Gibbon, no sin enterarme antes del sitio; en que á la mañana siguiente podría encontrar coches, que me condujeran al famoso «signal,» cuyo nombradía habrá llegado hasta tí de fijo.

Escuso referirte que, después de la comida di un corto paseo por los admirables alrededores de Lausana, y que en seguida me acosté, casi á la hora tradicional de las gallinas, para despertarme en cuanto amaneciera.

Aún no eran las seis, cuando me hallaba en la parada de los coches, ajustando el precio de mi asiento; cuando el cochero y yo cerrábamos el trato, aparecieron mis lindas inglesas, ocupando á los pocos instantes dos ómnibus.

El camino es delicioso y aquella hora lo era más aún. A la media hora de marcha llegábamos al famo-



so «belvedere,» que bien merece tal nombre por la majestuosa é incomparable perspectiva que desde él se descubre. A nuestros piés el pueblecillo de «Ouchi,» puerto de Lausana, en cuyo hotel del Ancora es fama escribió Byron su «Prisionero de Chillon,» ne solo dos días que allí le hizo detenerse el mal tiempo. Más allá «Chillon,» en cuyo castillo el duque de Saboya tuvo seis años encerrado y encadenado á una pilastra á Francisco Bounivard, por haber defendido la independencia de Ginebra su pátria. Mas lejos «Villeneuve, La Meilleraie, Evian,» famoso por sus baños, «Coppdt. Nyon, Morges» y otros muchos pueblecillos; toda la superficie del gran Léman en su majestuosa y plácida tranquilidad; el valle del Rodáno en toda su admirable belleza, y cerrando el horizonte los Alpes del Valais y los del canton de Friburgo; uno de esos panoramas, en fin, ante los cuales el alma se empequeñece al contemplar la grandeza de las obras del Creador.

Como las cosas más prosáicas siempre suelen andar no muy lejos de las mas sublimes, siu duda por aquello de que los extremos, se tocan, y buena prueba de tal aserto son don Quijote y Sancho; sacóme de mi éxtasis ruido vulgar de vajilla y prosaico aunque apetitoso olor á cocina. Esto me hizo reparar en un pequeño pabellon, que hasta entonces no habia notado, y que á un mismo tiempo servia de restaurant y observatorio. Desdeñando el antejo, que solamente me hubiera permitido contemplar en sus detalles cada vez una pequeña parte de aquel magnífico todo, prefería abarcarlo en conjunto á la simple vista; pero no fueron tambien objeto de mi desden las vituallas, que el establecimiento ofrecía; y para ponerme de un golpe a la altura de las veintidos jóvenes, ya ocupadas en desayunar, me hice servir un té, que de algun modo les manifestase mis simpatías por los naturales de la Gran Bretaña, en tanto grado consumidores de dicha bebida.

Restaurado el estómago y admirado nuevamente el sorprendente espectáculo que desde aquella altura se



domina, volvimos á los coches y regresamos á Lausana, sin incidente que digno de relatarse sea.

Estos puntos suspensivos tienen, querido Alejandro, nada menos que 67 kilómetros: esto es decirte que interrumpida la presente en Lausana, la acabo en Friburgo.

A las doce de la mañana me hallaba en la estación, y al empaquetarme en el tren, no eché en saco roto la recomendación de mi guía y me puse á mano derecha de la vía, que íbamos á recorrer, para no perder ni un ápice de las curiosidades del camino.

A las doce y cuarto el tren se puso en marcha, y en cuanto salimos á campo raso, empezaron á desarrollarse ante nosotros hermosísimos paisajes, dignos del divino pincel de un Salvator Rossa. El lago de Ginebra nos ofreció bajo nuevos puntos de vista su incomparable hermosura, dibujándose en el azul del cielo las pardas siluetas del Jura y las montañas de Saboya.

Dejamos atrás las estaciones de «La Conversion y Grandvaux,» y no tardamos en divisar á mano derecha el «Mont-Gourze, gigante de roca en cuya cima se ven aún los restos de la torre construida, según la tradición popular, por Berta, la reina hiladora.

El Léman desapareció de nuestra vista, pero continuamos percibiendo aún las orgullosas cúspides del «Catogne, el Dent de Morcles y el Dent du Midi. A un lado y otro fuimos viendo la estación de «Chexbres,» el pueblecillo de «Publoz, Puidoux,» la laguna de «Bret, Granges» pueblecito católico, «Palezieux, Oron-le-Chatel y Oron-la-Ville, Vanderens, y Sivriz.»

A eso de las dos llegamos á la ciudad de «Romont, mons rotundus,» que en efecto se halla sentada sobre una montaña de unos ochocientos metros de altura rodeada de murallas y dominada por su antiguo castillo, que data del siglo x.

Fueron sucesivamente desfilando ante nosotros «Villaz-Saint-Pierre, Chenens, Cottens, Neyrus y Matran,



pintorescos pueblecillos sembrados en aquella comarca, que fertiliza el río «Glane; y poco antes de las tres de la tarde llegamos por último, á Friburgo.

Esta ciudad, según dice Alejandro Dumas, «parece construida por un arquitecto de carácter fantástico después de haber comido fuerte:» tiene en realidad un aspecto extraño por su situación, y sus murallas y torres almenadas le dan cierto aire de otros tiempos.

No bien me hube instalado en el «Zaehringer-Hoff,» cuando uno de los criados de la fonda me ofreció billetes para oír tocar el célebre órgano de la catedral: como el organista no tocaba hasta las ocho de la noche, di un franco, me dieron un billete y me propuse dejar para la última mi visita á la catedral.

Empecé, pues, mi escursión por el magnífico puente suspendido sobre el valle de la «Sarine,» obra del ingeniero Chaley, empezada en Junio de 1834 y terminaba en Octubre del mismo año. Un pórtico dórico da entrada al puente por cada uno de sus extremos, habiendo entre ellos la distancia de 287 1/2 metros y teniendo el puente 7 metros de anchura: se emplearon 85.000 kilogramos de hierro y 145.000 de madera, gastándose en esta obra nada más que 368.868 francos. Desde lo alto de aquella cinta de hierro, que une dos montañas; se domina perfectamente la ciudad y puede formarse exacta idea de su carácter extraño.

En 1840 se construyó otro puente, llamado del «Gotteron,» por dominar el valle de este nombre: su longitud es de 210 metros, pero si bien es más corto que el otro, está en cambio á mayor altura, pues tiene una elevación de 97 metros del fondo del valle, mientras que la del gran puente de la Sarine es tan sólo de 55 metros y 24 centímetros.

Enseguida me dirigí al «Hotel de Ville,» sabiendo que delante de este edificio se encuentra el famoso tilo, que ningún verdadero turista deja de admirar, por más que dicho árbol, de enorme corpulencia, se halle en tan lamentable estado, que sus ramas tengan que descansar para no desgajarte sobre pilastras de pie-



dra. Cuentan las crónicas que en la famosa batalla de Morat, en que los suizos pusieron tan alta su bravura y dieron robusto cimiento á sus libertades, un jóven friburgués, despachado como correo para anunciar á sus compatriotas la victoria conseguida, corrió sin descansar un momento desde el campo de batalla hasta Friburgo, llegando á esta ciudad de tal modo, que solamente tuvo fuerzas para pronunciar la palabra «victoria» cayendo enseguida exánime. La rama de tilo, que llevaba en la mano, fué plantada en el mismo sitio en que cayó sin vida el mensajero, y es el árbol gigantesco y monstruoso, que hoy admira la curiosidad de los viajeros. *Se non e vero,* así me lo contaron.

Con ver estas cosas me di por satisfecho, y me volví al *Zachinger-Hoff* á hacer por la vida, que no solo de ver puentes y tilos vive el hombre.

Cuando empezaba á oscurecer me dirigí á la catedral, y lo primero que llamó mi atención es el bajo relieve que decora su portada principal y que representa el Juicio final: un grupo de ángeles separa á los hombres, empujando á los justos para que entren en un castillo, que sin duda debe representar el cielo, y precipitando á los réprobos en la enorme boca de un dragon, que hace las veces á no dudar del infierno. Los asientos del coro son dignos de especial mencion segun fama, por su admirable trabajo, mereciendo tambien ser citado su precioso púlpito.

Hallábase la magnífica catedral sumida en una oscuridad casi completa, infundiendo recogimiento y santo temor en el alma la silenciosa majestad de aquellas sombrías bóvedas.

Llegó al fin la hora, y el órgano dejó escuchar sus sonidos, ora dulces, ora terribles, imitando á la perfeccion ya el silbar del viento, ya el bramido de la tempestad y hasta la misma voz humana: obra de Aloys Mooser, fué terminado el año 1834 y cuenta 67 registros y 7.800 cañones. ¡No es verdad que si fueran del sistema Krupp, formarían una buena batería?

De vuelta al *Zaehringer-Hoff* y no teniendo aun sueño



alguno, bajé á leer los periódicos al magnífico salon de conversacion de la fonda. Habia bastante concurrencia y entre ella muchos rostros sonrosados y no pocas cabelleras rubias; pero como todas las inglesas jóvenes y bonitas suelen parecerse, nada sospeché por el pronto, hasta que al volverse la jóven que ocupaba el piano despues de una melodía de Segubert, reconocí en ella á miss Elodia. Puedes figurarte si aplaudiria con entusiasmo.

Otra rubia miss fué á sentarse al piano, mientras Elodia se puso á hojear un álbum, que estaba sobre un velador. Me hallaba muy cerca de este, y solo tuve que dar dos ó tres pasos para coger un periódico; pero en vez de ponerme á leer, hice á la jóven un cumplimiento por lo bien que habia tocado. No vayas á creer que me echó un *Schoking* de tomo y lomo por atreverme á hablarla sin haberle sido previamente presentado; antes bien me dió las gracias en correcto y castizo francés.

Cambiamos algunas frases generales sobre Suiza, y acabé por hablar de Berna. Al oír el nombre de esta ciudad, tuvo que morderse los lábios para no reirse: esto tal vez queria decir que al día siguiente marcharia á ella; pero por si aquella risa tenia algo que ver con los osos tan renombrados, la hice un profundo saludo y me he venido á escribirte.

Y aquí da fin, por hoy, la presente historia.

#### IV.

Serian aun las seis y media de la mañana y me hallaba entregado á las dulzuras del último sueño, cuando el ruido de numerosas pisadas en el corredor del Zaehringer—



Hoff, á que daba mi cuarto, me despertó; rumor apagado y contenido de voces argentinas acabó de disipar los vapores del sueño, y entre esos rumores sordos resonó á la puerta de mi cuarto una palabra, un nombre, *Laupen*, pronunciado más distintamente que el resto de la frase, no se si por casualidad ó intencionadamente.

Ya conoces, querido Alejandro, mi carácter; de un salto, desde mi cama fuí á la puerta y me puse á mirar por el ojo de la llave, todo en vano, pues la procesion habia ya acabado de pasar. Recordaba confusamente que *Laupen* era el nombre de una reñida batalla ganada por los berneses, pero sin tratar de aclarar mis recuerdos busqué dicho nombre en el índice de mi guia y en seguida en el indicador la hora de salida del primer tren: macha—ha este á las 7 y 40 minutos, de manera que tenia tiempo sobrado para vestirme y desayunarme con algun sosiego.

Sálese de Friburgo por una brecha practicada en los antiquísimos muros de la ciudad, y á poco se atraviesa por un soberbio viaducto de 383 metros, obra notabilísima de la industria moderna, el valle de la *Sarine*, que se aleja formando caprichosas curvas.

Despues de la estación de *Guin*, se empiezan á aperci—bir por el lado derecho de la vía las elevadas montañas del *Oberland bernés*. Debo confesarte, sin embargo, en descargo de mi conciencia, que mis ojos solamente se fijaban á largos intervalos y distraidamente en aquellas encanecidas cimas, que se dibujaban en el lejano horizonte, pues con predileccion se posaban mis miradas en un lindísimo rostro, que á la entrada del inmediato coche se hallaba y desde mi asiento podia percibir perfectamente.

Dejamos atrás bien pronto á *Schmitten*, *Wunnenroyl*, *Blumisberg* y *Eckelried*, pueblecillos cuyos nombres no se pronuncian á dos tirones, y á eso de las ocho y cuarto llegamos á *Flamatt* aldea mezquina hasta la cual era val—ledero tan solo mi billete. Me apresuré, pues, á bajar del tren y me embutí, bien, que mal, en uno de los coches, cuyos conductores atronaban los oidos gritando sin des—canso y descompasadamente: «*Laupen*.»



No tardamos en pasar por *Neuenesch* en donde las tropas suizas tuvieron en 1798 un encuentro con las francesas consiguiendo rechazarlas; y poco antes de llegar al pueblo de Laupen, vimos la altura de Bramberg, en que tuvo lugar la famosa batalla.

El 21 de Junio de 1339 hallábanse á eso de mediodía frente á frente, de un lado las tropas de los condes de Neuchatel, Kiburg, Thun, Gruyeres, Aarberg y Nidan, de los obispos de Sion, Lausana y Basilea y de la ciudad de Friburgo, formando un ejército de 45.000 infantes; 3.000 ginetes, 1.200 caballos cubiertos de fuertes armaduras y 700 señores de cascos coronados, y del otro lado 4.000 berneses, 900 soldados de Uri, Schwytz y Unterwald y 400 de Hasli y Soleure, mandados por Rodolfo de Erlach. Comenzaron el ataque los honderos berneses, y la lucha se hizo bien pronto general: por uno y otro bando se peleaba con encarnizamiento, hasta que al cabo se decidió la victoria en favor de los de Berna, quedando muertos en el campo el conde de Nidan, el duque Juan de Saboya, Gerarde de Kyburg, el conde de Gruyeres, 80 nobles, 1500 caballeros armados, 3 000 infantes y casi todos los soldados de Friburgo. Volvieron en triunfo los vencedores á Berna, y una vez resignado el mando, tornó Rodolfo Erlach á ocuparse, cual nuevo Cincinato, de las faenas agrícolas, sin aceptar los títulos y recompensas que su valor y pericia merecian. Al oir referir este rasgo puedes suponer si recordaria á nuestra bella España, en que, como es sabido, los generales vencedores suelen tener igual modestia ó idéntico desinterés que Rodolfo Erlach.

Ya supondrás que despues de cinco siglos han desaparecido completamente los rostros de aquella sangrienta batalla, y nadie sospecharia al ver á Laupen, en medio de una comarca fértil y risueña, al pié de el castillo y semejante á una decoracion de zarzuela pintada por Ferri y Busato, que en aquellos sitios se degollaron sin piedad tantos y tantos hombres. Indica solamente el sitio, en que tuvo lugar la batalla, un sencillo monumento, y cada cinco años|celebrase con extraordinaria solemnidad el aniversario del sangriento combate.



Una vez visto aquel sitio célebre, como en estas cosas lo importante es *haber estado*, por mas que nada de particular se vea alli, tomamos nuevamente los coches y volvimos otra vez ó Flamatt á esperar el paso de tro tren que hasta Berna nos condujese. En cuanto llegó nos apresuramos á colocarnos en él, y dejando atrás bien pronto á «Torishaus y Bumplitz,» llegamos á la ciudad de los osos y capital de la Confederacion helvética.

Al salir de la estacion vacilé un momento entre los hoteles Schweizerhoff y del Boulevard, que desde aquella se veian, y al fin opté por el último suponiendo encontraría en él mas fácilmente quien entendiese el francés. En esto me equivoqué no poco, pues si bien cuando pedí en francés un cuarto me condujeron inmediatamente á una habitacion, casi por completo ocupada por una estufa de loza y sobre cuya mesa se veia una Biblia protestante, cuando quise hacer algunas preguntas al doméstico, por mas que las hiciera en francés, español, inglés é italiano y agotase en tal interregatorio mis conocimientos lingüísticos, no conseguí ser comprendido. Váyase Vd. pues á fiar de los hombres de los hoteles: tal vez en el Schweizerhoff, á pesar de su denominacion archi-germánica, hubiera encontrado quien hablase alguno de aquellos idiomas.

Suponiendo que en Berna sucede lo que en San Sebastian, esto es, que al cuarto de hora de encontrarse en una de dichas ciudades dos personas conocidas han de tropezarse por necesidad á poco que salgan á la calle, no me preocupé de la manera de hallar á mi bella mis Elodia, seguro de dar pronto con ella. Aunque era temprano, como solamente me habia desayunado en Friburgo y no habia encontrado ocasion de almorzar, me decidí á comer á la española, y entré en un restaurant que habia en la misma plaza en que está el hotel, y para atemperarme á las costumbres locales, rocié la comida, bastante buena por cierto, con no sé cuantos boks de una cerveza exquisita y estomacal.

Lancéme enseguida á recorrer la ciudad y lo primero con que tropecé fué con los «Petits Remparts,» forti-



ficaciones cubiertas de césped y flores, que son uno de los mejores paseos de la población. Tiene ésta unas treinta mil almas y se halla situada en una á manera de pequeña península, que casi por completo circunda el río Aar. Desde los Petits Remparts, que en alemán, lengua local, se llaman «Kleine Schanze,» se divisa un panorama admirable.

Consultando el plano de mi guía, dirigime despues al palacio federal, de severa arquitectura, cuya fachada tiene 131 metros de longitud; habiendo costado dos millones de francos la construcción del edificio, en el cual celebran sus sesiones el Consejo de los Estados y el Consejo nacional. Ante el palacio se encuentra la estatua en bronce dorado de Berna, perfectamente ejecutada por el distinguido artista bernés Christen.

Fuí despues á la catedral, enorme mole de piedra construida de 1421 á 1502 por Matias Meinz, los Oesinger padre é hijo y Esteban Abbruger: la torre, aun no por completo acabada, tiene 62 metros de altura y bajo ella se encuentra la portada principal, en que se ven curiosas esculturas representando el juicio final.

Como los templos protestantes nada de particular ofrecen en su interior, y como son desnudas bóvedas infunden en mi alma no sé qué extraño malestar, lejos de entrar en la catedral, me detuve un momento ante la estatua de Rodolfo Erlach, que en la plaza de aquella se encuentra, y enseguida pasé á la Plataforma, el mejor paseo de Berna, á mi modo de ver, famosa por la perspectiva admirable que desde ella se divisa. La estatua de Bertoldo V de Zaehringen, que rodeó á la ciudad de fuertes murallas y puede considerarse como su verdadero fundador, ocupa el centro del paseo; á sus piés corre el Aar, mas allá las deliciosas colinas de «Gurten y Belpberg» y en último término la elevada cadena de blanquecinas montañas, en que sobresalen el «Wetierhorn,» el «Schrechhorn,» el «Fiusteraarhorn,» los «Viescherhoerner,» el «Eiger,» el «Moench,» la «Jungfrau,» el «Breithorn,» el «Tschingelhorn,» el «Gespaltenhorn,» el «Blumlisalp y el Wildstrubel.»

Retrogradé un poco en mi camino para ver la célebre



Torre de Reloj, «Zeitglockenturm», como dicen los alemanes, pesada construcción en cuya parte superior se ve una enorme esfera de reloj, formando la inferior un arco, bajo el cual tuve el gusto de pasar. Tomé enseguida la calle central y pasando el puente de Aydeck, me encaminé á visitar á los osos, como debe hacer toda persona bien educada; y para ponerme en buen predicamento con aquellos interesantes personajes, compré unos bollos y los eché á la hoya consiguiendo de sus habitantes algunos elocuentes gruñidos de satisfacción en favor mío.

Visto lo principal que la ciudad ofrece y decidido á dar un buen paseo, me dirigí al «Stalden», y de allí al «Altember», viendo la estatua del famoso artillero Verdt y acabando mi larga expedición en el «Schaenzli» en cuyo café me hice servir un helado.

Empezaba á caer la tarde y una banda de música dejaba oír agradables y alegres motivos. Hallábase bastante concurrido el paseo, y después de dar una vuelta divisé sentadas á miss Elodia y otra de sus compañeras, que según la costumbre inglesa se habían apartado del aya y las otras jóvenes. Las saludé atentamente y sentándome á su lado trabé con ellas conversación. Hablábamos en inglés, pero á pesar de la pureza de pronunciación de Elodia, pude notar que no debía ser aquel idioma el habitual de la joven, y que por consiguiente lo había errado de medio á medio al suponer á esta hija de la nebulosa Albion. No tardaron en levantarse para incorporarse al aya y demás compañeras, y por discreción me abstuve de acompañarlas, pero quedamos buenos amigos, y convenidos en que al día siguiente nos veríamos en Interlaken.

Llegando ya la noche, volví á la ciudad por el puente del ferro-carril, cavilando sobre la nacionalidad de la preciosa joven, que se había constituido en mi guía por Suiza.

Y ahora, si quieres que te diga antes de entregarme al descanso la impresión que Berna me ha producido, la condensaré en un consejo, y es que, á pesar de los hermosos paseos y admirables alrededores de esta ciu-



dad, no vivas nunca en ella, si no quieres morir de tristeza, spleen ó ictericia.

En viaje es preciso madrugar mucho; pero como suele uno acostarse temprano y bastante fatigado, se concilia pronto el sueño y se duerme de un tirón hasta la madrugada.

El tren salía de Berna á las seis y cuarto, y antes de las seis ya me hallaba en la estación tomando un billete de ida y vuelta para «Thun» mejor dicho, hasta «Scherzligen, pues pensaba volver en el mismo día á la capital de Suiza.

Dicen el indicador y la guía que en el trayecto hasta el lago de Thun se encuentran las estaciones de Ostermürdingen, Gumlingen, Rubigen, Munsingen, Kriesen, Uttiged, Thun, y Scherzligen; será verdad, pero yo lo que puedo asegurar es que me pasé hasta las ocho, hora en que llegamos al último punto citado, escribiendo versos destestables en castellano, pues la musa no me sopla en otro idioma; que al frente de ellos puse dos líneas en francés diciendo que, de no comprender el español aquella á quien iban dirigidos, los rompiera; y por último que al bajar del tren aproveché la ocasión y los entregué á miss Elodia.

En otra ocasión acaso hubiera querido detenerme en Thun para subir hasta la cima del Stochorn y la del Niesen; pero entonces me contenté con fijar en ellos con distracción mi vista y admirar sus majestuosas siluetas.



Embarcámonos en uno de los lindos vaporcitos que hacen el servicio de trasportar á los turistas en el Thurnerses ó sea el lago de Thun, que no es en realidad otra cosa que el río Aar, aumentando con las aguas del Kander y las de otros diez y nueve ó veinte torrentes y dilatándose con aquel copioso caudal por el valle. Iba miss Elodia en el mismo vapor, y como quiera que despues de leer mis versos, en vez de romperlos los guardó en su cabás, supuse que comprendía el castellano igualmente que el francés y el inglés. No dejaba de excitar mi curiosidad el saber el país en que la linda jóven habría nacido; que no era inglesa como en un principio habia yo supuesto, desde luego su acento aunque puro me lo habia indicado: su tipo nada tenia de español; pero podia ser francesa ó suiza, ó quien sabe si rusa, como me lo hacia creer su facilidad para hablar tan varios idiomas.

En los cortos momentos en que el vapor se detiene delante del pueblo de Spiez, cuyo arruinado castillo, segun la tradicion afirma, fué levantado por Atila, púsose mi linda compañera de viaje á tomar en su álbum un croquis del encantador panorama que el lago presenta en aquel punto. Me acerqué, y sin preámbulos le dije las dudas en que fructuaba mi espíritu: que si daba crédito á su gracia y elegancia creería era francesa, si miraba la pureza y correccion de líneas de su rostro la tomaría por hija de la Gran Bretaña, que unas veces me figuraba era belga, alguna la suponía de Ginebra y otras de San Petersburgo ó Moscow. No tuvo que reirse poco con mis vacilaciones; pero no quiso sacarme de ellas y solamente conseguí me respondiese que, mientras durara el viaje la tuviera por inglesa, ya que sus rubios cabellos y sobre todo el ir con sus compañeras, á todas luces naturales del Reino-Unido, así me lo hacian creer. Todo esto fué dicho en francés, y á seguida en español puro y castizo hasta el extremo, aunque con un ligero acento exótico no bien definido, me dió las gracias por mis versos, que le habian parecido muy lindos.

Llegábamos entonces á Neuhaus, y que tuve que dar por terminado tan agradable diálogo, para desembar-



—28—

car y tomar el ómnibus que á Unterseen é Interlaken debía conducirme.

Cortos se me hicieron los tres cuartos de hora que tardamos en llegar, contemplando la admirable perspectiva que la Jungfrau, el Moench y el Eiger ofrecen. So pena de repetir á cada paso los mismos adjetivos encomiásticos y de hacer á cada momento idénticas descripciones, es imposible bosquejar tantas y tan famosas y magníficas montañas como por Suiza se encuentran; no extrañes, pues, querido Alejandro, que algunas veces no me detenga á describírtelas punto por punto.

Debiendo volver á dormir á Berna, habia retenido mi cuarto en el hotel del Boulevard y dejando en él mi exíguo equipaje: así es que solo tuve que pensar, una vez llegado á Interlaken, en sacudirme un poco el polvo y en buscar un restaurant, en que restaurar mis fuerzas. Fácil empresa es buscar una fonda en Interlaken, cuando esta poblacion no es otra cosa sino una calle de hoteles de una legua de larga y que va de largo de Thun al de Brienz, sombreada por una magnífica alameda de nogales llamada Haehenveg, bajo la que se reúne una sociedad cosmopolita, ostentando el mismo lujo que en Baden ó Spa. Almorcé, pues, perfectamente, algo caro me costó, eso sí, y enseguida me puse á recorrer aquella soberbia y frondosa alameda, que cruza la llanura de Baedeli, hasta que á su extremidad di con el lago de Brienz, que igualmente que el de Thun, se halla formado por el río Aar.

Daba la casualidad de que, al llegar yo á la orilla, se preparaba á salir un vaporcito, y como tenia gran deseo de ver la famosa cascada de Giessbach, me apresuré á entrar en él. En un cuarto de hora llegamos al desembarcadero y en otro tanto al hotel, desde cuya azotea se percibe, aunque no en toda su belleza, la magnífica cascada. Fórmala un torrente que se despena del Schnvarzhorn, formando nada menos que catorce caídas, á cada una de las cuales se le distingue con el nombre de uno de los personajes mas famosos



en la historia de Suiza. Aquellas soberbias sabanas de agua espumosa, que por entre las breñas y los pinos se precipitan, producen un efecto asombroso sobre todo de noche iluminadas con luces de Bengala de diversos colores. Bien hubiera querido permanecer allí para disfrutar de aquel mágico espectáculo, pero me faltaba el tiempo para ello, y tuve que contentarme con comer en el hotel, volver al embarcadero y aprovechar el mismo vapor que me había llevado y que en el entre tanto había ido hasta Kienholtz y Brienz, para volver á recogernos luego en Giesbach y conducirnos nuevamente á Interlaken.

Para ganar tiempo, pues era ya algo tarde, crucé en coche el Hacherveg, llegando á la orilla del lago de Thun cuando iba á emprender su marcha un vaporcito: escusado es decir que me apresuré á aprovecharlo, teniendo la buena suerte de encontrar en él á las veintidos jóvenes y al aya. Como la colonia inglesa suele ser tan numerosa en Interlaken, muchas de mis preciosas compañeras de viaje habían encontrado en el Haheevveg parientes y amigas, que la habían detenido, por lo que no habían ido al lago de Brienz ni á Giessbach.

De Neuhaus á Scherzligen nos llevó al vaporcito con bastante rapidez, haciéndonos admirar las orillas del precioso lago con el melancólico efecto de la tarde. No pude acercarme á mis Elodia y tuve que contentarme con mirarla desde alguna distancia apareciéndome mas bella y poética á la pálida claridad del crepúculo y con la tristeza ó el cansancio que nublada su lindo rostro.

A las ocho menos cuarto salió de Thun el tren, y á las nueve menos cinco minutos me encuentro otra vez en mi cuarto del hotel del Boulevard, en Berna.

Me parece que hoy ha sido un día bien aprovechado: buena prueba de ello ofrecen mis molidos huesos, y creo opinarías como yo cuando te diga que al dejar el tren, tuve ocasión, en el alboroto y confusión de la llegada, de entregar á mis Elodia una targeta mia, en la que había escrito la frase sacramental con que los jóvenes



quedan en relaciones amorosas en Inglaterra: Will you be engaged with me?

¿Qué tarántula te ha picado—me preguntarás—para dar tan de repente ese paso?

No lo sé, tal vez los admirables panoramas que en este día se han ido desarrollando unos tras otros ante mi vista extasiada, tal vez la hora misteriosa del crepúsculo con su melancólica media luz y su inefable poesía, acaso el hallarme días y mas días solo, aislado en medio de las gentes, sin un alma en que derramar la exuberancia de la mia, todo esto y otras mil circunstancias del momento habrán influido en mi repentina determinacion: lo cierto es que una fuerza extraña me impulsó á hacer á miss Elodia aquella decisiva pregunta, y si contesta á ella afirmativamente, me encontraré ligado á la linda jóven con un lazo fuertísimo y difícil de romper.

¿Qué contestará?

Mañana desde Lucerna te lo participaré.

Poco hacía que habia amanecido, querido Alejandro, cuando salí de Berna por la línea de Olten. Eran las cinco de la mañana, corria un airecito fresco y agradable y el firmamento conservaba aun las tintas violadas de la aurora.

Pasamos un magnífico puente sobre el Aar, dejamos á mano derecha el Bantifer, cubierto de oscuros bosques; á lo lejos se percibia en la bruma matinal el castillo de Reichenbach; cruzamos por la estacion de Zollikofen, pasamos el pueblo Seedorf, divisando á poco



confusamente las dos lagunas del mismo nombre; después nos detuvimos breves instantes en las estaciones de Schoenbühl, Hideltank, Lyssach, Burgdorf, Wynigen y Riedtrüyl, y á eso de las seis y diez minutos llegamos á Herzogenbuchsee.

Después de Butzberg, dejamos atrás el pueblo de Langenthal, que es uno de los mas lindos y mas ricos de toda la Suiza, á pesar de su corta población que no pasa de 2.781 habitantes: apenas se detuvo el tren en las estaciones de Murgenthal, y Niederrüyl cruzamos los rios Pfaffnern y Wigger, y en cuanto el tren hizo alto en Aarburg me apresuré á saltar al andén.

Serian las siete y cinco minutos; á las siete y media llegó el tren, que venia de Olten y debia llevarme á Lucerna, y sin pérdida de tiempo tomé sitio en él. Al poco de ponernos en marcha se extendió ante nosotros el hermoso valle de Wigger á no tardamos en detenernos en Zofingen, precioso pueblo situado sobre el mencionado rio y que tiene algunos salones de baile contruidos en las ramas de unos árboles y corpulentos tilos. ¿Qué te parece la idea de los zofingenses de convertirse en pájaros y andarse por las ramas?

Adelboden, Brittnau, Reiden, Langnau, Dagmersellen, Nebikon, Wavrüyl, la laguna de Mauensee, Sursee, Oberkirch, y Nottlüyl fueron desfilando ante nosotros como las vistas de un cosmorama. El lago de Sempach nos ofreció su azulado espejo, percibiéndose las pintorescas colinas que cierran la perspectiva por el lado opuesto y retratándose en las limpias aguas las elevadas cimas del Reghi, el Pilrtos y los Waldstaetten.

Sin duda el nombre de Sempach te habrá recordado la famosa batalla, conocida con la misma denominación. Leopoldo de Austria, seguido de gran número de ilustres caballeros y de un ejército poderoso, habia avanzado por Baden Sursee con ánimo de castigar á los habitantes de Sempach, que habian hecho causa comun con los de Lucerna. A poca distancia de la ciudad encontró al ejército suizo, compuesto de unos cuatrocientos lucerneses y unos trescientos de los demás cantones: la infanteria de Leopoldo aun no habia lle-



gado; pero hizo desmontar á sus caballeros, cuyo número era muy crecido, y se trabó la batalla. En el primer momento cejaron los suizos, al tropezar con las largas lanzas de los nobles y al estrellarse en sus esfuerzos contra la impenetrable muralla de hierro de sus armaduras; gran número de los primeros mordían ya el polvo y empezaban á flaquear los demás, cuando Arnolfo de Winkelried gritó con voz de trueno.

—Voy á abrir camino á la libertad.

Y recomendando á sus compatriotas su mujer y sus hijos, reunió entre sus robustos brazos cuantas lanzas pudo abarcar en ellos y lanzándose contra ellas las hizo entrar todas en su pecho, dejando así un boquete por el que los suizos pudieron romper el frente de batalla de los nobles. En vano se defienden estos con gran valor; el mismo peso de sus armaduras les estorba contra la agilidad de los montañeses suizos y luego en la fuga: todos van cayendo uno por uno ante el ardimiento de los confederados, que desde entonces consideran esta sangrienta batalla, dada el 9 de Julio de 1386, como uno de sus mejores títulos de gloria é independencia, dando á Arnolfo de Winkelried uno de los primeros lugares entre los héroes de la Helvecia. Los cadáveres de Leopoldo de Austria y de sesenta condes fueron enterrados en Königsfelden, y sobre el campo de batalla se levantó una capilla como monumento de tan señalada victoria.

Dejamos atrás los pueblos de Nemenkirch, Rothenburg y Emmenbrücke, cruzamos el río Emme entramos en el valle del Reuss, y por la orilla derecha de este río llegamos al fin á Lucerna.

Habíanme recomendado el hotel de Inglaterra, y me hice conducir á él: hállase situado sobre el muelle y domina por consecuencia el lago de los Cuatro Cantones, llamado así porque sus ondas fertilizan los campos de los de Uri, Unterwalden, Schwyz y Lucerna, y se halla formado por el río de Reuss y los torrentes de Macotta, Seerven, Aa, Melbach, y otros varios. Tiene este lago una figura sumamente irregular y forma varias bahías ó ensenadas, que llevan el nombre de las principales ciudades que en ellas se encuentran: así suele llamarse bahía ó lago de



Lucerna á la parte próxima á esta ciudad, denominándose respectivamente lago de Alpnach, de Kussnacht, de Buochs y de Uri á los senos ó brazos del lago en que dichas poblaciones se halla situadas: la parte comprendida entre las bahías de Alpnach, Kussnacht y Lucerna, que parece como una encrucijada ó el centro de una cruz, se denomina Kreuztrichter.

Desde el muelle se descubre una vista admirable; además de abarcarse la mayor parte del lago de los Cuatro Cantones, que los alemanes llaman Vierrvaldsfattersee (¡eche V. letras para una una sola palabra!), se divisa al E. El Rigi, cubierto en gran parte de bosques; hacia el S. aparece el monte Pilatos, de aspecto descarnado y sombrío; entre estos dos gigantes de roca, las escarpadas montañas de Burgenstok, y por encima de ellas asoman sus nevadas cumbres el Blumalp, el Titlis, el Crispalt, y el Taedi.

Como Friburgo, es Lucerna una ciudad católica, que con almenados muros, sus torreones feudales, sus extraños puentes de anticuada forma y los orgullosos campanarios de sus iglesias parece hallarse aun en plena Edad Media. Presenta un aspecto triste y severo; pero su admirable situación sobre el lago y el hallarse rodeada de pintorescas colinas cubiertas de preciosas casas de campo, templan algo tanto aquella severidad y le dan algo de animación y alegría.

En el mismo muelle y á no gran distancia del hotel se encuentra la iglesia de San Leodegario, que tiene notables vidrieras pintadas con arte y buenos órganos, que senti no me permitiera oír la premura del tiempo.

Tres puentes unen entre sí las dos partes, en que el río Reus divide á la ciudad; el mas corto pero al mismo tiempo el mas pintoresco es el denominado Muhlenbrucke ó Puente de los molinos, es cubierto y se halla adornado con treinta cuadros de Megdinger, que representan la famosa Danza de los Muertos: el puente llamado Reussbrucke es descubierta y por él pueden pasar coches: el último ó sea el Kappelbrucke, situado en el punto de confluencia del río y el lago, tiene 324 metros de longitud, fué construido en 1303, es cubierto y le adornan 154



cuadros, que representan la vida de San Deogario y la de San Mauricio, patrones de esta ciudad y los hechos mas culminantes de la historia Suiza. Por bajo de los ojos del puente se ve al rio precipitarse en el lago con la velocidad de un torrente de las montañas produciendo en el que lo mira una sensacion de vértigo. Al centro del puente se encuentra la Wassertkeros ó Torre del Agur que es uno de los torreones del recinto fortificado de la ciudad, á la que ha dado nombre, pues en otro tiempo servia de faro ó lucerna á las barcas que navegaban por el rio y el lago: á la extremidad N. del puente se levanta una capilla dedicada á San Pedro y que justifica el nombre de Kappellbrucke ó Puente de la Capilla, que al mismo se da.

Me habian aconsejado no dejarse de visitar el Arsenal, y no me arrepenti á la verdad de hacerlo, pues tuvo ocasion de admirar en él muchas curiosidades históricas y entre ellas una espada de Guillermo Tell, una hacha de Ulrico Zuingle, algunos estandartes turcos apresados en la batalla de Lepanto por un caballero de Malta, natural de Lucerna, la bandera amarilla austriaca y la cota de malla, que llevaba en la batalla de Sempach Leopoldo de Austria, y la bandera de Lucerna, manchada aun con la sangre de Guddolfinen, que en dicho combate mandaba las tropas suizas y murió á poco de conseguir tan gran victoria.

Para ganar tiempo tomé un coche y me hice conducir al jardin, en que se encuentra el famoso Leon, monumento erigido á la fidelidad de los suizos, que en 10 de Agosto de 1792 se hicieron matar en las Tullerías en defensa de Luis XVI y Maria Antonieta. El gran Lhorwaldsen hizo el diseño, y lo ejecutó un artista de Constanza llamado Ahorn. Un leon colosal, de seis metros de altura, tallado en relieve en una gruta, muere atravesando por una flecha y sostiene un escudo con las flores de lis: de lo alto de la roca vertical, en que se halla la gruta, cae un gran caño de agua en una extensa pila: encima del leon se hallan los nombres de los soldados y oficiales que murieron el 10 de Agosto y la inscripcion.



*Helvetiorum fidei ac virtuti.*

Visitadas ya las principales curiosidades que ofrece Lucerna al viajero, volví al hotel de Inglaterra: almorcé perfectamente, dejé mi maletín en el cuarto, que había tomado y que había de correr por mi cuenta hasta mi regreso; metí en una mochila algo de ropablanca, y cogiendo mi abrigo, salí al muelle y me embarqué en un vaporcito.

Al salir de Lucerna por el lago, el panorama que va apareciendo ante los extasiados ojos del viajero, es admirable, indescriptible: el Rigi se eleva á mano izquierda, el Pilatos á mano derecha, el lago al frente, y sobre el descuellan el Burgenstock, y el Blumalp. Doblamos al poco rato la punta de Mengghosn dejamos atrás la isleta de Altstad, y saliendo de la ensenada de Lucerna, entramos en el Kreuztrichter: descubrimos entonces por la izquierda toda la bahía de Kussnacht, y por la derecha gran parte de la de Alpnach: pasamos la punta Zinne y nos detuvimos algunos momentos en Weggis.

Cuando el pequeño vapor volvió á ponerse en movimiento, dejamos á mano izquierda los pueblos de Reedsort y Vitznau: ante nosotros se alzaban imponentes y abruptos los montes Vitznauerstoeh y Burgenstock, pareciendo querer cerrarnos el camino con sus inmensas y gigantes moles; pero conforme fuimos acercándonos, divisamos el pequeño estrecho de Naasen, que entre ellos existe y conduce á la parte del lago llamada de Buochs, que es como una laguna de forma oval, encerrada en estrecha cintura de elevados riscos. Al desembocar en este nuevo lago, inclinóse el vapor hácia la derecha y dejando atrás las poblaciones de Buochs y Niederdorf, hicimos alto en la de Behenried.

Cruzamos enseguida en toda su anchura aquella parte del lago, para dejar en Freib y Gersau algunos viajeros. Era en otro tiempo esta última población de apenas 1.000 habitantes, por completo independiente y autónoma, pero hoy pertenece al canton de Schryvz.

La perspectiva que presenta esta parte del lago es incomparable; á la izquierda se eleva árida, salvaje y escarpada la cima del Urbimeg, teniendo á sus piés la ca-



pila de Kinlismord; á la derecha el Sonnenberg y el Niederbanen, con sus laderas risueñas y fértiles; en el centro los pueblecillos de Treib y Emmetlen.

Hicimos despues una parada en Brunnen, puerto situado en la desembocadura del rio Muotta, de alguna importancia mercantil y en el que los suizos, despues de la batalla de Morgarten, pactaron la alianza perpétua, á que debe su existencia la confederacion helvética.

Despues de Brunen, el lago de los Cuatro Cantones en vez de dirigirse como antes de O. á E., toma la direccion de N. á S.: pasamos un nuevo estrecho, en seguida penetramos en el lago ó ensenada de Uri. El panorama cambia completamente de aspecto: extrañas y agudas rocas parecen surgir de repente de las oscuras ondas y elevarse á gran altura; el vaporcito avanza por un estrecho paso á manera de canal entre abruptas y escarpadas montañas, que amenazan caer sobre él y sepultarlo en el lago. Despues de doblar el promontorio de Wyteenstein, semejante á un obelisco levantado por la caprichosa mano de la naturaleza y en el que en el año 1860 se colocó una inscripcion, que en letras doradas dice: «Al cantor de Tell, Federico Schiller.» se encuentran tres fuentes naturales, que segun la tradicion, brotaron simultáneamente de la roca cuando Walter Furst, Werner, Stauffacher y Arnoldo Melchtal pronunciaron el famoso juramento, que ha servido á Rossini para componer una de las más grandiosas creaciones del arte musical. Llámase la pradera, en que brotan esos tres manantiales legendarios, el Grutli, y en ella han renovado los suizos más de una vez el célebre juramento.

Continuamos nuestra ruta con la proa hácia Altorf, que se halla en seno de Uri, y no tardamos en pasar por frente al pueblo de Sioikon, situado en la orilla izquierda á la desembocadura del Riementaldenthal. Mas adelante y al mismo lado, divisamos el Axemberg, cuya altura es de 2.082 metros; al pié del elevado monte se ve una pequeña plataforma natural; es el famoso Tellenplatte, ó sea, la roca á que saltó Guillermo Tell cuando era conducido por Gessler en una barca al castillo de Kussnacht; desde la esplanada se dirigió el héroe suizo á



Chemin-Creux, donde una de sus certeras flechas puso fin á la vida del orgulloso Gessler. Ochenta años despues de aquel notable suceso, se construyó sobre aquella roca una capilla, que aun hoy visitan con predileccion los turistas. Por mi parte me contenté con verla al paso, y pocos instantes despues llegamos á Fluelen, término del viaje, y que en italiano tiene un precioso nombre, Fiora.

Menos de tres horas habíamos tardado en hacer tal expedicion, y como el vapor habia de emprender á los pocos momentos el viaje de retorno y yo tenia billete de ida y vuelta, me guardé muy bien de desembarcar.

No creas, amigo Alejandro, que voy á repetirte á la vuelta punto por punto lo que al ir te he contado: bástete saber que nuevos puntos de vista, no menos bellos que los admirados antes, deleitaron mi alma: el lago, en cuyas orillas fué engendrada esa confederacion que aun hoy entre poderosos vecinos disfruta de activa independencia y envidiable libertad, ofrece á cada momento nuevo carácter, diversos panoramas y variadas perspectivas.

En fin, cuando empezaba á caer la tarde, el vapor se detuvo delante de Weggis, y me apresuré á desembarcar y á entrar en el hotel de la Concordia, pues te declaro con franqueza, que mi estómago reclamaba enérgicamente algun alimento. Despues de comer he dado un hermoso paseo por las alamedas de árboles frutales que rodean el pueblo, y enseguida, antes de entregarme al descanso, te he escrito estas páginas, que Dios sabe cuando recibirás, pues no las echaré al correo hasta volver á Lucerna.

Mañana te escribiré desde la cumbre del Rigi.

Hasta mañana, pues.



VII.

Si me hubieras visto á la mañana siguiente, querido Alejandro, esto es, ayer mañana, salir de Weggis con el morral ó mochila á la espalda, ni mas ni menos que un quinto, con una ramita de tilo en el sombrero, con los pantalones remangados, á usanza de algunos individuos económicos cuando hay lodos en las calles, caladas las polainas de cuero sobre los zapatos claveteados y apoyándome en mi alpenstock, ó largo baston de punta de hierro, ciertamente que no me hubieras conocido.

Confieso francamente que no me dá ni mucho ni poco por trepar á las montañas, saltar de risco en risco como las gamuzas, ni caminar al borde de precipicios que dan el vértigo hasta á una cabra. Pero estar en Suiza y no ver el Monte Blanco y el Riggi, es un pecado indisculpable; solamente que siendo, á mi entender, dos montañas demasiada dósís para tomada de una vez, la he tomado en dos, visitando anteriormente, como sabes muy bien, el Monte Blanco, y haciendo ahora mi peregrinacion al Riggi.

Habia oido decir en la fonda que una numerosa partida de ingleses hacia la ascension en aquel dia; no me cansé, pues, en buscar un guia que me condujese, y confiado en mis estudios gimnásticos de otros tiempos, bajo la direccion de Vignolle y Creixell, determiné unirme á aquellos gentlemen y hacer en su compañía la subida de Kulm.

El camino forma en un principio una cuesta bastante



y nogales. Bien pronto, sin embargo, cesa la vegetación y se pasa una extensión de terreno de color de orín, causado por una gran erupción de lodo, que en 1795 amenazó á Weggis con una suerte análoga á la de Herculano y Pompeya,

Al cabo de una hora y cuarto de marcha, llegamos á Heiligkreuz, que es una pequeña capilla dedicada á la Santa Cruz, y como quiera que había una especie de cantina donde reparar las fuerzas, tanto los ingleses como mi humilde persona descansamos algunos instantes, bebiendo pale ale con acompañamientos de galletas.

Después de este breve reposo, hay que subir por una áspera pendiente, en que el camino, para suavizar en lo posible la subida, forma un caprichoso zigzag por la falda de la montaña: es el trozo mas penoso del camino y en él el alpenstock desempeña un principal papel. El Hochstein ó Fetsenthor, cuya construcción atribuye la tradición popular al enemigo malo, es un arco natural formado por cuatro enormes rocas y por el que pasa el camino.

No era yo el único viajero que se había agregado á los ingleses; iban también un italiano y un francés, y como los anglos-sajones son menos comunicativos que los individuos de la raza latina, no tardamos en formar sociedad aparte y en distraer con la conversación el cansancio de la subida. Natural era que el tema de nuestra causerie fuese el gigante, por cuya espalda trepábamos; así es, que nos pusimos á discutir, muy formalmente y como si nos importase gran cosa, si Riggi significa etimológicamente regina montium ó mons rigidus.

Como á las dos horas de camino, llegamos al establecimiento de Kaltbad, que se encuentra á 1.440 metros de altura, y en que existe una fuente de agua fría, propia para la curación de reumatismos y fiebres intermitentes. Es curioso el sistema que solían emplear antiguamente los enfermos para bañarse; sumerjianse completamente vestidos en el agua y después se ponían á pasear al sol, sin tomar un punto de reposo, hasta



que sus vertidos volvian á estar perfectamente secos. Llá-  
mase el manantial la fuente de las Tres Hermanas, por  
no sé qué leyenda que el vulgo repite y conserva. Exis-  
te tambien en aquel sitio, una linda capilla, consagrada  
la Madre del Salvador, y aunque bien sabes que no pe-  
ro de mojigato, debo decir, en honor de la verdad, que  
entré un momento á rezar acaso por la preocupacion  
de creer que desde aquella altura llegaria más fácilmen-  
te mi plegaria al trono de la Reina de los Angeles.

Tiene el Riggi numerosas cimas y entre ellas la más  
elevada en el Kulm, que íbamos á visitar y que tiene  
4.800 metros de altura; siguen luego el Hochfluk, de  
4.603, el Dossen, de 4.680, el Schild, de 1.543, el Schei-  
degg, de 4.649, el Rothstooock, de 4.663, el Kaenzeli,  
de 4.454, el Vitznauertoock, de 1.481 y otros.

Desde Kaltbad serpentea el camino por la falda del  
Rothstooock divisándose hácia el O. un admirable pano-  
rama: los elevados picos del monte Pilatos, se destaca-  
ban oscuramente sobre el azulado horizonte. Existe un  
refran que, traducido al francés, dice:

Si le Pilate met son chapeau

C'est que le temps deviendra beau.

Y como suele suceder con frecuencia que, despues de  
las penalidades de la ascension, se encuentra el viajero  
con que ha subido el Kulm para ver únicamente una es-  
pesa neblina, que, á manera de telon de boca, le oculta  
por completo aquella admirable decoracion, todos los tu-  
ristas recordando aquel refran, suelen considerar al Mon-  
te Pilatos como el barómetro que les indica si consegui-  
rán ver ó no el panorama que han deseado admirar. Las  
cumbres más altas del Pilatos, ó sean el Tomlishorn, de  
2.133 metros de altura; el Essel, de 2.123, el Semsnaeth,  
de 2.052; el Matthorn, de 2.040; el Widkerfeld, de 2.080;  
el Gnepfstein, de 1.926 y el Kimsenhorn, de 1.910; to-  
das ellas más elevadas, como puedes ver, que el Riggi-  
Kulm, tenían puesto su sombrero de nubes, y eso nos  
hacia esperar para aquella tarde y el siguiente dia un  
tiempo hermoso y despejado.

Llegamos por fin hasta el Staffel, punto en que se reu-  
nen los caminos, que de Weggis, Kussnacht y Goldau.



suben al Kulm. Como era aun temprano, teníamos grandes probabilidades de encontrar alojamiento en la fonda de la cima del Riggi; no nos detuvimos, pues, en Staffel, y continuamos nuestro camino, haciendo que nos pareciese un breve momento la larga media hora que aun tardamos en llegar, las admirables perspectivas que al paso se nos ofrecían y que á cada momento cambiaban.

Habíamos tardado tres horas y media en la subida, pero lo dábamos por bien empleado. Los ingleses, con su carácter positivista y práctico, se apresuraron á retener alojamiento y almorzar copiosamente: en cuanto al francés, al italiano y á este tu asendereado amigo, no nos acordamos para nada de alimento y albergue, sino que nos faltó tiempo para correr al signal ó belvedere, subir á él, requerir los anteojos y extasiarnos ante aquel asombroso espectáculo.

En los dos hoteles del Kulm suele reunirse una sociedad cosmopolita, que los hace asemejarse á la Torre de Babel por la variedad de idiomas que en ellos suele hablarse. Despues de echar una ojeada distraida sobre aquellas princesas rusas, baronesas alemanas, marquesas parisienses, duquesas italianas, rubias ladies del reino unido y de la federacion norte-americana, no encontrando, entre las ciento ochenta personas que nos hallábamos reunidos en aquella altura, ningun compatriota de los que frecuenta el café Suizo y la Carrera de San Gerónimo, fuime á dar una vuelta por aquellos picos y á darme cuenta detallada de la perspectiva, que en conjunto habia admirado antes de almorzar.

Si la pluma pudiese escribir con fidelidad ó el pincel copiar exactamente la vista, que desde el Kulm se abarca, comprendería yo el insensato orgullo del racionalismo, que intenta deificar la razon humana; pero no hay pluma ni pincel que puedan bosquejar ni aun remotamente tan sublime cuadro. Tres cadenas de montañas, catorce lagos, diez y siete ciudades, cuarenta pueblos y setenta neveras, sembrados en siete leguas de circunsferencia, como dice concisamente Alejandro Dumas, se alcanzan á ver desde aquella altura. El rio Reuss, como una inmensa serpiente de planta, forma en la llanura caprichosas curvas.



Mirando en direccion al Oriente, se encuentra á mano izquierda el pueblo de Immensee: Cham y Zug allá al extremo del lago Zug, que tenia á mis pies: Zurich se percibia apenas en lontananza: á lo lejos se veia el monte Feldberg y mas cerca Zugerberg, cuya cima mas alta se denomina Kumisthal. Dirigiendo la vista siempre de izquierda á derecha, se percibe en último término la sierra de Haerali, que tiene el pico mas elevado del canton de Zurich, llamado Schnabelhorn; bastante mas cerca el lago Aegeri brillaba entre dos oscuras montañas; sigue á seguida el monte Etzel, situado en el canton de Schuytz, las montañas de este nombre, cuyas cumbres mas notables son el Wildsyitz de 4.582 metros, el Gny-penspitz de 4.567. el Kaiserstock de 4.417 y el Walchuylerberg son notables por los desprendimientos de enormes masas de rocas, que en ellos tienen lugar y que en el año de 1.354 destruyeron el pueblo de Unrothen, repitiéndose en 1.712 y 1.795 y teniendo lugar el mas espantoso de estos cataclismos en 27 de setiembre de 1.806, pues destruyó los pueblos de Goldan, Raethen, Ober-Busingen y Unter-Busingen y causó la muerte de cuatrocientas cincuenta y siete personas y de innumerables cabezas de ganado. Su gigantesca y negruzca silueta se destacaba ante mi, dominando el lago de Zug y teniendo á su pié el lindo pueblecito de Arth, situado sobre el lago antes mencionado y á la margen del rio, que lleva su nombre y cuyo curso hasta perderse en el lago de Lowerz se percibia perfectamente. Por encima del Rossberg asomaban allá á lo lejos sus encalecidas frentes los altivos montes del Appenzell, el Altmann, el Saentis y el Speer. El hermosísimo valle del Arth abria ante ante mis ojos su admirable perspectiva hasta el lago de Lowerz, en cuyo centro se veia como un punto oscuro la pequeña isleta de Schuanan. A la izquierda de este lago se encuentra el pueblo de Steinen, patria de Werner Stauffacher.

Detrás de aquel levantan sus cumbres los Mythen, y por encima de ellas asoman las soberbias neveras de Glaernisch continuando siempre de izquierda á derecha, encuentra la vista atónita la ciudad de Schrvytz, el



monte Rieselstock, el Eollenfluch, el Scheienstock, el Muottalhal, en que Massena derrotó á los rusos mandados por Suwarof, el Hausstock, el Wasserberg, el Frornalp, el Taedi, el Scheerhorn, el Hochfluch, el Clarides, el Scheideck, el Schneecaelpi, el Eindgelle, el Bristenstock, el Guschen, el Dossen, el Blakenstock, el Rothstock, el Schlossberg, el Vitznauerstock, el Engelbelger, el Saettelistock, el Titlis, el Sizlihorn, el Buochserhorn, el Einsertaarhorn, el Schzeckhoerner, el Welterhoerner, el Eiger, la Jungfrau, el Stanzerhorn y el Blumhalsalp. El lago de los Cuatro Cantones aparece ya para ocultarse luego tras el Burgenstock y volver á aparecer muy pronto, y allá á lo lejos se divisa el pequeño lago de Sarnen.

El grupo de elevados picos, que forman el monte Pilatos, y el Alstadt cierran esta larga série de montañas y neveras, á cual más imponentes y grandiosas: la perspectiva parece ensancharse y dilatarse conforme el terreno va bajando: se percibe perfectamente la ensenada de Lucerna, y en su estremidad la ciudad que le ha dado nombre: tambien alcanza la vista al contemplar la ciudad y la parte del lago, que son conocidas con la denominacion de Kussnacht: en lontananza brillan los pequeños lagos de Sempach, Baldegg y Halluyt.

Al llegar aquí encuentra el observador nuevamente á Immensee y el Feldberg, y cae en la cuenta de que ha contemplado todo el panorama del Rigi-Kulm, dando una vuelta completa sobre sus talones.

Mientras tanto, habia llegado la hora de la comida, y volvi al hotel. Miss Elodia y sus compañeras se hallaban ya sentadas á la mesa: habian retenido por el telégrafo habitaciones para todas, y llegaban para presenciar la puesta del sol. Ya sabia yo que habia de encontrar allí á la linda jóven aquel dia, y escuso decirte si esperaba con ansia la respuesta á la carta, que la habia dirigido.

Dicen que el efecto que produce el sol, al ocultarse trás aquellas nevadas cumbres, es indescriptible; que el cielo ostenta bellísimas tintas, que el pincel es impotente á reproducir, y que la niebla parece levantarse de



los valles y los lagos hasta encubrir todo el firmamento con sus fúnebres crespones. Estaba yo allí aquella tarde no lejos del Signal, tenía los ojos bien abiertos, y sin embargo, confieso que no ví tan sorprendente espectáculo. Consistió esto en que Elodia se hallaba á mi lado; en que su vestido me rozaba suavemente con sus ondulosos pliegues, y en que el dulce acento de su voz embriagaba mi alma de amorosos effluvios, haciéndome completamente ciego para todo lo que no fuese aquella rubia y seráfica hermosura.

—Mi amiga no comprende el español, me dijo en este idioma. ¿Quiére usted que responda á su carta de viva voz y en esa lengua?

Y enseguida, con las despachaderas mejores del mundo, me ofreció su amistad verdadera, diciéndome que le era yo sumamente simpático, pero que no podía concederme otra cosa.

¿Qué te parece? ¡Su amistad! Confiesa Alejandro, que aquellas calabazas, aunque dulces y suaves, eran solemnes, mayúsculas.

En cuanto volvimos á la fonda, me encerré en mi cuarto, y á pesar del desengaño sufrido, el cansancio me hizo quedar bien pronto dormida.

Aun no habia amanecido cuando una sonora trompa de los Alpes entonó el tradicional Rauz des vaches. Vestíme apresuradamente, y sin perder tiempo me encaminé al Signal. Despues de saludar á miss Elodia y su acostumbrada compañera, separéme de ellas para poder admirar la salida del sol, ya que la tarde anterior me habia distraído y no habia contemplado la puesta del astro rey.

Era aun de noche, pero una noche trasparente, clara, prometiendo un espléndido amanecer: podia verse el extraño espectáculo que presentábamos las doscientas personas, que en el Signal nos hallábamos reunidos, todos á medio vestir y con las huellas del sueño, á que la trompa nos habia arrebatado. Al cabo de algunos minutos de espera, un rayo de luz apareció por el oriente, no tardando en extenderse por el horizonte y hacer palidecer á las estrellas ante su fulgor purpúreo.



Dibujáronse los Alpes como un recorte de plata sobre el cielo azulado de los valles y los lagos parecía surgir una opaca niebla, que luchaba tenazmente, disputando á la luz el imperio del espacio: poco á poco las nieblas fueron cediendo ante la luz: las montañas, las llanuras, los bosques, las ciudades se destacaron de la niebla y aparecieron á la vista como á través de una trasparente gasa: cubriéronse al fin las más altas cimas de reflejos anaranjados y violados, la parte de oriente pareció inundarse en olas de oro, el viento arrastró y barrió los últimos restos de niebla, y por último, por encima del glaciar de Glaerner, apareció el disco del sol, de un color rojo pálido en un principio, pero adquiriendo bien pronto sus rayos de oro y su luz esplendorosa, que en un instante dió animación y vida á aquel indescriptible panorama.

Después de un ligero desayuno, emprendí la bajada del Rigi-Kulm, y una vez llegado á Weggis he aprovechado el primer vapor para regresar á Lucerna, desde donde te dirijo estos renglones.

Solo te diré dos cosas: no hagas jamás el amor en viaje, y cuanto antes sube á la cima del Rigi. Si así lo hicieres, me lo agradecerás, y si no, con tu pan te lo comas.

## VIII.

No te haré, querido Alejandro, una segunda edición, describiéndote nuevamente el trayecto que media entre Lucerna y Aarburg, de que ya te he dicho alguna cosa al darte cuenta de mi viaje de Berna á Lucerna: Había salido de esta última ciudad á las cinco de la mañana; á



eso de las siete llegué á Aarburg, y poco despues á Otten, ciudad no muy populosa, pero de alguna importancia, por hallarse en el punto de reunion de los rios Aare y Dunnern, y ser el centro de las líneas férreas quizás, pues allí convergen los ferro-carriles de Basilea, Neufchatel, Berna, Lucerna y Zurich.

Despues de atravesar el rio Aare por un magnífica puente, entró el tren en el soberbio túnel de Hanenstein, cuya longitud es de dos kilómetros y medio (2.496 metros). Este larguísimo subterráneo y el que pasa bajo el monte Credo, entre Magon y Ginebra, y cuya longitud es nada menos que de 3.900 metros, con los que más me han impresionado. Por un lado me sentía humillado ante la grandeza de las obras del Creador, y por otro me asombraba de la audacia del espíritu industrial del hombre, que á tan sorprendentes empresas se atreve.

A la salida del prolongado túnel, nos detuvimos en la estacion de Laenselfingen, como si el maquinista comprendiera que necesitábamos algun descanso, despues de haber estado tan largo rato bajo la amenaza incesante de ser aplastados por aquella inmensa montaña.

Como si aquel mal rato no fuera aun suficiente á sobreescitar los nervios de los viajeros impresionables, el tren, á poco atravesó un estenso valle sobre un soberbio viaducto de 27 metros de altura: asentado sobre ocho elegantes arcos: y á seguida la via formó una curva tan pronunciada, que á cada instante teme uno que el tren se marche por la tanjente. Así es, que, al verme en la estacion de Somneran, respiré y se me quitó un buen peso de encima.

Despues de las estaciones de Sisach, Lausen, Liertal, Nieder, Schoental, Prattelen y Muttentz, divisamos un pequeño pueblo denominado Sankt Jakob, y que es conocido tambien por las Termópilas helbéticas, por el combate que allí tuvo lugar el 26 de Agosto de 1431. Un ejército de 30.000 hombres franceses, mandado por el Delfin, que fué luego Luis Onceno, iba en auxilio de Zurich, que se habia separado de la Confederacion Suiza para aliarse al Austria. Los confederados enviaron contra el ejército francés 600 hombres, los que unidos á 900



que estaban sitiando á Oornsborg, sostuvieron con tal denuedo y heroismo el choque de los 30.000 franceses, que si bien de los 1.500 suizos murieron 1.452, el Delfín no se atrevió á pasar adelante, calculando el destrozo que el ejército suizo hacia en sus tropas, cuando solo aquella débil vanguardia habia hecho en ellas tan gran carnicería.

Las viñas que rodean el campo de batalla producen un vino tinto llamado Schweizerblut, lo que literalmente significa «Sangre Suiza».

Un cuarto de hora despues, es decir, á eso de las nueve, estaba en Basilea.

Instaléme en el hotel de Francia, al extremo de un lindo paseo, y mi primer cuidado fué almorzar.

Lo mas digno de visitarse que tiene Basilea es el famoso Munster ó sea la Catedral, comenzado el año solo por el emperador Enrique destruida despues dos veces, una por su incendio y otra por un terremoto, y terminada por último en 1490.

Al salir de una estrecha callejuela apareció de repente á mis ojos aquella gigante masa de piedra de un color rojizo oscuro, y quedé asombrado de tan imponente mole. Entraba alguna gente, y entré á mi vez. Celebrábanse los oficios protestantes y solo estuve un momento Basilea, el tiempo suficiente para ver los enterramientos de la emperatriz Ana, esposa de Rodolfo de Habsburgo, y de Erasmo, teniendo con mi presencia distraer la atencion de los fieles de sus rezos. Hiceme conducir á la sala, en que se verificaron las sesiones del concilio, y pude admirar una coleccion arqueológica bastante curiosa.

En aquella sala se abrió el 14 de diciembre de 1431 el concilio, componiéndole once cardenales, tres patriarcas, doce arzobispos, ciento diez obispos, noventa abades mitrados, seis príncipes y gran número de embajadores y doctores.

En vez de poner término á las disenciones que existian en la Iglesia, manifestóse el concilio hostil al Papa, teniendo al fin Eugenio IV que ordenar su disolucion y excomulgarle. Pero en vez de obedecer las órdenes pon-



tificias, depuso al Papa y nombró en su lugar á Ama-  
deo de Saboya, conocido por el Antipapa Feliz V. Largo  
sería de referir la série de querellas, censuras, excomu-  
niones y escándalos, que este cisma ocasionó, hasta  
que en el pontificado de Nicolás V el concilio se di-  
solvió por completo, restableciéndose la paz en la Igle-  
sia.

Notables y curiosos son los claustros de la Catedral,  
en que se hallan enterrados muchos personajes ilus-  
tres. Di por ellos una vuelta, deteniéndome á leer algu-  
nas inscripciones, y al fin salí á la plataforma llamada  
Die Pflaz paseo de no gran estension, pero desde el que  
se domina el Klum, que divide la ciudad en dos partes,  
abarcando la vista un delicioso panorama, que cierran  
á lo lejos las montañas de la Selva Negra.

Deben tambien verse en Basilea la puerta Spahlen,  
una fuente gótica situada en la pescaderia y el museo, en  
que además de una numerosa biblioteca y diferentes co-  
lecciones de antigüedades, fisica é historia natural, se  
encuentra gran número de obras de Holbein, algunos di-  
bujos de Alberto Durero y los fragmentos que restan de  
la famosa Danza macabro ó Danza de la muerte.

Aquella ciudad tan linda y aseada, pero tan solitaria  
y triste, me infundió una indecible melancolía, cuyas  
brumas en vano queria romper, pues aprisionaban mi al-  
ma como en un círculo de hierro: el tiempo coadyuvó á  
aumentar mi tristeza, pues del cielo enlutado y gris em-  
pezó á caer incesante lluvia. Me apresuré, pues, á volver  
al hotel, despues de la comida me limité á tomar el fres-  
co por el paseo inmediato, en un rato en que no llovía,  
y volví en seguida á escribirte estos breves cuanto in-  
conectos apuntes.

Mañana á las nueve y cuarenta minutos de la mañana,  
dejaré á Basilea: muy pronto traspasaré la frontera, que  
separa la Suiza de la Francia, á las diez estaré, Dios  
mediante, en Strasburgo, y continuando sin detenerme  
el viaje, llegaré á París á las nueve menos cuarto de la  
noche.

Ya te escribiré desde allí, y de todas maneras, pren-  
to nos veremos en nuestro querido Madrid.